

DISCURSO DE LA MINISTRA DE CULTURA

(Embargado hasta que se pronuncie. Sólo tendrán validez las palabras leídas)

Majestades, Presidente, Señoras y Señores

"He aquí un hombre que espera cualquier autobús en cualquier parada, rumiando cualquier cosa. Visto de espaldas, mientras se aleja, es la mismísima imagen del pesimismo y del más celoso anonimato [...]"

Es terco y perseverante tanto en sus amores como en sus odios [...] Su actividad soñada es dimitir de todo, incluso del tiempo y del espacio. De ahí quizá su actividad real: matar el tiempo y el espacio con espejismos que reflejen el rojo sol de la verdad".

Así es como Juan Marsé autorretrata al Premio Cervantes de este año 2009.

He aquí un creador libre, un escritor que comenzó como aprendiz de joyería y que ha logrado ser maestro, a base de memoria, honestidad y coherencia.

Porque sabiendo que crear es decidir, sabiendo que, como escribió Amos Oz, "para una novela de 80.000 palabras hay que tomar algo así como un cuarto de millón de decisiones", Juan Marsé no eligió nunca ni traicionar a sus recuerdos, ni rendirse frente al olvido.

He aquí un escritor nacido en el mundo del cine, que creció entre el vampiro del Cine Rovira, el monstruo del cine Verdi y el fantasma del cine Roxy, pero que jamás se resignará a no haber sido Clark Gable o Gary Cooper; y que, quizá por eso mismo ofrece una narrativa forjada en lo visual, que nos lleva a ver hasta lo que no puede verse.

Porque creyendo, como Proust, que "a veces estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el único estado posible de las cosas", Marsé recicla los viejos proyectores de las salas de posguerra, en máquinas del tiempo para el lenguaje y para la mirada.

He aquí un escritor por vocación, hecho a sí mismo, de los que trabajan pieza por pieza, de los capaces de engarzar la ternura y lo canalla, el dolor y el humor, con la minuciosidad del artesano que lleva tras de sí muchas horas de lectura y de trabajo.

Porque sintiendo, como Pavese, que las cosas se descubren a través de los recuerdos que de ellas tenemos, que "recordar una cosa significa verla por primera vez", Marsé es novelista de los que escriben a mano, acompasando la paciencia y el coraje, como echándole cuentas a la vida.

Quizá por eso nos estremecemos al leerte, Juan, que recuerdas con más precisión al hombre que quisiste ser que al que fuiste, que no intentas reflejar la vida sino rectificarla.

Juan, para ti este Premio que no buscaste pero que mereces.

A veces pasa, es verdad que no en la "Isla del tesoro", en esa novela de la que coleccionas ediciones, pero pasa y no sólo en las historias de piratas. Bien lo sabes. Bien sabes que hay tesoros como "El halcón maltés" que tarde o temprano tenían que llegar a las manos del detective Bogart, contigo y con este Premio Cervantes pasa hoy algo parecido. Y tus lectoras, y tus lectores, nos alegramos.

Nos alegramos porque como señaló Muñoz Molina, tus libros "pertenecen menos a nuestra biblioteca que a nuestra biografía: aunque los perdamos, aunque no volvamos a leerlos, ya nunca nos abandonarán, porque van con nosotros como nuestra cara y nuestra memoria inconsciente, forman parte de nuestra manera de imaginar y de mirar".

Nos alegramos porque tu obra resuena en nuestra intimidad, más allá de la mesilla y los viajes en metro y autobús, cuando buscamos un bolígrafo y queremos subrayar tu voz que es la de tus personajes, todos esos seres a los que la derrota quiso enmudecer y tú rescataste, avivándoles los rescoldos de una esperanza vencida.

Y al subrayar en tus libros, nunca repetimos dibujo, en unas páginas dejamos una línea corta y veloz, destinada a arropar un puñado de palabras en la memoria.

Como al principio, ya en la primera página de "Últimas tardes con Teresa", cuando comenzamos a caminar sobre el "confeti del adiós", entre "el vals de las velas", y es noche de septiembre en un barrio popular y suburbano, "las cuatro de la mañana", y "todo ha terminado".

Pero en otras ocasiones el subrayado cambia de escala y de orientación, para extenderse verticalmente tejiendo páginas y emociones cocidas a fuego lento.

Como bajo ese mismo título, desde el inicio de un capítulo hasta que posas nuestra mirada en aquellos ancianos que observan a Manolo "con una curiosidad no exenta de nostalgia: imaginaban vagamente que el alejamiento del muchacho era una prueba más del desfase a que les condenaba la vejez".

Es imposible de olvidar, aunque sea tan sólo un silencio de personajes secundarios, que apenas permanece en escena durante un punto y seguido, reverbera por su luz y su precisión, por su nitidez y que deslumbra por tu generosidad, Juan.

Por eso nos alegramos de que recibas este Premio Cervantes, y lo celebramos.

Celebramos que se hace justicia, que se reconoce como necesaria la literatura que convierte la novela en un paisaje moral.

Celebramos que hubo quien escribió las historias de los vencidos, que hubo quien dio forma a la vulnerable y humilde esperanza de los perdedores, que hubo quien supo plasmar la espesura de la condición humana, iluminando hasta las pequeñas miserias y debilidades de los más últimos, de los derrotados.

Celebramos que fuiste tú quien escribió, por boca de Paco en *La oscura historia de la prima Montse*: "La memoria lo es todo para mi. Tanto recuerdas tanto vales".

La memoria lo es todo para todos, las consecuencias de lo que hicieron otros que vinieron antes, nos modifica.

Si queremos ser conscientes de ello o ignorarlo, es opcional, pero la realidad es que formamos parte de un sistema social y un sistema sentimental que algunos quieren olvidado.

Sin embargo, somos también lo que hicieron y lo que sintieron otros antes que nosotros. Su resultado.

Nos recuerdas, nos vuelves a traer al corazón, a la cabeza y a las sensaciones, el pasado que habita dentro de nosotros y mueve nuestros pies en pasos a veces indecisos.

...Juan...Juan Marsé...Tanto vales porque tanto recuerdas y además a tantos... a todos esos seres encerrados en un país que nadie merece, a todos esos personajes encarcelados en un tiempo que les impide ser lo que fueron, y que les prohíbe ser lo que quieren ser.

Y sin embargo, a pesar de todo, todos sueñan. Sueñan como aspirando el latido que comparte la humanidad entera, esa llamada a desafiar al destino, aunque el propósito sea humilde y el heroísmo tan fugaz como un fuego de artificio. Todos sueñan.

Y merece la pena, soñar siempre merece la pena.

Merece la pena quedarse con la boca abierta, sin tragar saliva, mientras te leemos, en el cielo de la estrellada noche de Barcelona, cómo ascienden y cómo estallan esos sueños de hojalata hasta deshacerse en la nada.

Por eso, al terminar cualquiera de tus libros, queda en la habitación ese "olor a pólvora quemada y a madera de plumier" que todo lo cala, como al final de "Si te dicen que caí" cuando escribes esa frase no sé si en piedra o en una cartilla de racionamiento: "Hombres de hierro, forjados en tantas batallas, soñando como niños".

La inocencia, la ingenuidad, la fascinación de la imagen y el relato, frente a la necesidad de sobrevivir.

En ese filo de la navaja, sobre la fragilidad de los sueños más amenazados, de esos sueños que como dijo el Capitán Blay "se corrompen en boca de los adultos", sobre los pliegues de una realidad que erosiona, de una supervivencia que degrada, llevan siglos caminando nuestra imaginación y nuestra literatura.

Nuestra cultura, creciendo como una espiral que avanza desde La Mancha hasta la taquilla del Cine Iberia. Hasta la Barcelona de barrio, de aceite de estraperlo y desamparo en la posguerra, entre los tísicos y los pijos, entre los ancianos y los mendigos, entre las prostitutas y los niños.

Juan, Julio Verne dio *La vuelta al mundo en ochenta días*, Julio Cortázar dio *la vuelta al día en ochenta mundos*, tú nos entregas *la vuelta a la humanidad en ochenta calles*.

El Guinardó, el Barrio de Graça, la Salud o el Monte Carmelo: ochenta calles que siguen bastando para sostener aquel "cielo azul de primavera donde se bamboleaban las cometas de papel de diario".

Aquel azul de primavera como el de hoy, en este día feliz que nos reúne, y que contiene una buena dosis de justicia poética.

Porque al entregarte a ti este premio Cervantes, precisamente a ti que compraste de crío "El Quijote" a plazos, reconocemos la enorme valía que tienen tus obras, y

reconocemos también lo valioso que tienen los sueños de toda la Cataluña anónima y plural, de esa tierra que supo reconstruirse y abrirse al mundo, desde la desolación y la intemperie que provocaron la guerra y la barbarie.

Llegará el día en que alguien se pregunte cómo fue posible. Llegará.

Y la respuesta no estará en las hemerotecas, ni en los libros de historia, ni en los libros de cuentas de las empresas, ni en las crónicas de sociedad.

Mejor que pregunten a la voz de Sarnita, a esa voz que tu describiste "hablando sola, una memoria en continua expansión, vasta y negra como la noche, retrocediendo en el recuerdo y también anticipándose a él, adelantándolo para verlo llegar desfigurado, desmentido, devorado por las musarañas del olvido y la mentira en la medrosa memoria de la gente".

Mejor que pregunten a tus personajes.

Porque tus personajes no son sólo personajes, no sólo son herramientas del juego de la imaginación y actuantes de una trama bien hilvanada; son también advertencias.

Parecen decirnos "tú vienes de aquí, por aquí has pasado". Son hitos que nos permiten orientarnos en un paisaje desordenado, el de nuestro interior, la intimidad del lector, intimidad compartida con mucho, latente.

Hitos que nos empapan, que hacemos nuestros con la lectura devorada y que marcan señales para orientarse en la vida hoy. Dolores y pequeñas proezas de lo urbano, de lo cotidiano, de lo desaparecido, dolores que amparan.

Gracias Juan, en nombre de la generación posterior, la de tus hijos.

Nosotras y nosotros vemos en este Premio Cervantes un acto de devolución, de pequeña compensación, por tanto como nos has dado y nos vas a seguir entregando.

Por que tu obra nos ayuda a conocernos y a ubicarnos, a saber quiénes somos y de qué material estamos hechos. Porque sólo sabiendo de donde venimos podremos reconocer quienes somos, con nuestras taras y habilidades, y encontrar la salida hacia el futuro, pero un futuro distinto, no impuesto, sino elegido.

Gracias porque ocurra lo que ocurra en el futuro, siempre será necesario que alguien cuente historias, y las futuras generaciones encontrarán en tus novelas y en tus

"aventis", un legado que brilla con luz propia en nuestras letras como las luciérnagas sobre la piel de Susana.

Gracias por tu compromiso de piel y de acero con el ser humano y con la creación. Y enhorabuena por este Premio Cervantes que acabas de recibir de manos de Su Majestad, el Rey.

Un premio que propaga un mensaje de sobra conocido, y es que Juan Marsé no puede evitar ser lo que es: uno de los escritores más importantes de la lengua española.